

§ 116.

La realización del orden sobrenatural en la Historia de la Salvación.

1. El hecho de la revelación sobrenatural de Dios está atestiguado por los signos de la Revelación, por los milagros y las profecías. Los milagros e intervenciones extraordinarias de que hablan el A y NT demuestran la presencia de un "yo" trascendente y superior al mundo. Son el testimonio divino de que un hombre que dice haber sido enviado por Dios es realmente un profeta verdadero y no un charlatán. Tanto el A como el NT afirman que las obras maravillosas que en ellos se describen son testimonios de la Revelación sobrenatural (véase W. Eichhordt, *Theologie des alten Testaments*, II, 84 y sigs. Söhhngen, *Wunderzeichen und Glaube*, "Catholica" 4, 1935, pág. 149). No obstante, los milagros y las acciones maravillosas que acompañan la revelación sobrenatural no nos enseñan su misterio, sólo aseguran posibilidad. En los párrafos de la introducción se dijo ya que es preciso no confundir entre valor comprobativo y valor convincente (véase M. D. Koster, *Natur und Urbernatur*, en "Catholica" 5, 1936, págs. 14-29).

2. Como realizaciones del reino sobrenatural deben ser considerados el estado paradisiaco, la Revelación en el AT, la Encarnación del Hijo de Dios, la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, que está siempre presente en la Iglesia, la justificación del hombre (es decir, la vida divina en nosotros), la consumación del mundo y de la Historia al fin de los tiempos. Todo esto puede ser designado con una expresión: reinado de Dios en sus diferentes fases. Sobre el estado paradisiaco hablaremos detenidamente en el capítulo dedicado al hombre. Es un estado de unión con Dios más íntima y fuerte que la mera relación creador-criatura. Probablemente no ha existido nunca un estado de naturaleza pura. El pecado destruyó la unión sobrenatural del hombre con Dios (véase el *Tratado sobre el pecado original*). Pero la Naturaleza, en cuanto tal, no fué destruída, no perdió ninguna de sus partes esenciales. No obstante, la pérdida de la existencia sobrenatural constituye para ella una desgracia en cuanto que ha desaparecido la vida celestial, sin la cual la Natu-

raleza no puede alcanzar el final perfeccionamiento. La expresión externa de la lejanía de Dios son la muerte y las penalidades de la vida en este mundo. Con solas sus propias fuerzas, los hombres no pueden recuperar la vida sobrenatural perdida.

3. Se puede dudar de si jamás ha habido un *estado totalmente falto de la gracia divina*, es decir, si la Naturaleza ha existido totalmente privada de fuerzas sobrenaturales. La mayor parte de los teólogos actuales lo afirman. Pero si se tiene en cuenta que Dios prometió al hombre la Revelación inmediatamente después del pecado—promesa eficaz, regeneradora—, se puede defender la opinión de que la gracia ha acompañado al hombre siempre y en todas partes (véase el *Tratado sobre la Gracia*).

Pero tanto la Naturaleza humana caída y sin más fuerzas que las propias, como la Naturaleza regenerada por la gracia, aun activando todas las energías naturales, sólo pueden alcanzar cierto grado de perfección en la esfera de lo inmanente. Se puede intentar la creación de un orden intrahumano e inmanente, pero, en definitiva, toda tentativa de este género tiene que fracasar. La perfección de la Naturaleza sólo puede realizarse de un modo sobrenatural. Con ello no queremos decir que sean vanas e inútiles las fuerzas naturales del hombre que está bajo la influencia y dominio del pecado, ni que no se obtengan con ellas elevados grados de verdadera grandeza y dignidad humanas.

Santo Tomás dice que en lo que concierne a las fuerzas naturales hay que distinguir una doble necesidad de complemento: un complemento que sobrepasa las posibilidades de la Naturaleza entera en cuanto tal y un complemento que sólo sobrepasa la fuerza de una sola potencia humana. El moderarse, por ejemplo, sobrepasa la fuerza de la potencia apetitiva. Sólo la razón puede dominar las pasiones propias de dicha potencia. La razón, por su parte, tiende hacia su bien natural. De por sí y de acuerdo con su condición original, se opone a su naturaleza obrar irracionalmente y pecar. Pero en cuanto que peca y voluntariamente sigue pecando, el pecar puede convertirse en segunda naturaleza.

Tenemos, pues, que la razón puede dominar las potencias inferiores. Mediante la educación, la costumbre, la disciplina y la abnegación en pro de fines elevados y supremos, puede surgir, por decirlo así, una segunda naturaleza en virtud de la cual las potencias inferiores se someten con facilidad al dominio del espíritu dirigido por la ley moral.

Según Pascal, el hombre puede crear una especie de “orden provisorio” en el mundo del pecado, aunque a costa de muchos esfuerzos. El trabajo y el esfuerzo humano pueden comunicar a la existencia un esplendor de extraordinaria grandeza y sublimidad. Pascal compara al hombre con alguien que lanzado en una situación irremediable la acepta conscientemente, esforzándose por establecer en tal situación un orden lo más perfecto posible.

Lo mismo que Santo Tomás, está convencido de que la costumbre y la educación juegan un papel importantísimo en lo que se refiere a la creación en el mundo sometido a las consecuencias del pecado. He aquí lo que escribe sobre la costumbre: “No hay que hacerse ilusiones: nuestra esencia es tanto autómata como espíritu. De ahí se deriva que la prueba no es el único instrumento con que se crean convicciones. ¡Hay tan pocas cosas que estén bien probadas! Las pruebas convencen sólo al espíritu. La costumbre, al contrario, constituye las pruebas prácticamente más fuertes y más firmemente creídas. La costumbre dirige al autómata que llevamos dentro de nosotros, y éste dirige al espíritu sin que se dé cuenta de ello. ¿Quién tiene pruebas de que mañana volverá a amanecer y de que tenemos que morir? No obstante, ¿hay algo en que creamos con mayor firmeza? Por consiguiente, es la costumbre la que nos convence de ello, y la costumbre es la que crea la convicción de tantos cristianos; ella es la que crea la convicción de los turcos, de los paganos, de los artesanos, de los soldados (es decir, las creencias de distintos grupos sociológicos), etcétera... Tan pronto como el espíritu ha descubierto donde está la verdad, hay que requerir su ayuda, para saturarnos y compenetrarnos con esta fe, cuya convicción, vivamente realizada, puede desaparecer cualquier momento. Porque no se puede exigir de nosotros que tengamos siempre presentes las pruebas. Hay que adquirir una creencia de más fácil realización, a saber, la costumbre; sin violencia, sin arte alguno, sin argumentos, nos hace creer en las cosas, e inclina todas nuestras fuerzas hacia la correspondiente creencia, de modo que nuestra alma la acepta espontáneamente. No basta creer solamente con la fuerza de la convicción, si es que el autómata en nosotros se inclina a creer lo contrario. Es preciso, pues, que crean nuestras dos partes esenciales: el espíritu, mediante las razones, de cuya veracidad tenemos que convencernos una vez en la vida; el autómata, mediante la costumbre, no permitiéndole que se incline hacia lo contrario” (citado, según Guardini, *Chistliches Bewusstsein*, 132 y sig.). Pascal afirma que el hom-

bre es capaz de grandes y aún heroicas acciones, si bien estén corrompidas por verificarse en un espacio donde domina el pecado. “El encanto de la fama es tan grande que nos dejamos arrastrar por él, dondequiera se presente, aunque sea en la muerte.” “La vanidad está tan profundamente ahincada en el corazón humano que hasta un bagajero, un cocinero o un mozo de equipajes se enorgullecen y quieren ser admirados, y también los filósofos son vanidosos, y los que escriben contra la vanidad, buscan la gloria de haber escrito bien, y los que leen, se glorían de haber leído, y yo, que escribo esto, tengo quizá también esa vanidad y lo mismo los que me leen” (según Guardini, *l. c.*, pág. 88 y sig.). Santo Tomás de Aquino expresa ideas parecidas: “La obra meritoria se distingue de la no meritoria no en lo que se hace, sino en el modo de hacerlo; porque todo lo que un hombre hace meritoriamente y por amor, otro hombre puede hacerlo o quererlo sin mérito.” (*De veritate*, g. 24, a. 1). Siempre y en todas partes ha habido hombres nobles y sabios que han alcanzado elevados grados de virtud moral. No obstante, de los meros esfuerzos naturales hay que decir que no conducen realmente hasta Dios. La distancia entre Dios y el hombre es infinita (véase el capítulo sobre la necesidad de la Redención; véase H. Conrad-Martius, *Natur und Gnade nach des heiligen Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit*, en “*Catholica*”, 3, 1934, págs. 49-82).

4. *En Jesucristo, Dios ha devuelto de nuevo al hombre la existencia sobrenatural.* La venida de Cristo fué preparada mucho tiempo antes mediante la Revelación de que nos dan testimonio los escritos del AT. Con mano poderosa ha intervenido Dios en la Historia para restaurar su poderío dentro de la Humanidad caída. Dios escogió a Abraham, y muchos siglos después a Moisés, para que fuesen instrumento de su actividad redentora. Dios encargó a Moisés la misión de llevar a la tierra de promisión las tribus de Israel, que, en gran parte, vivían bajo el cautiverio egipcio y que estaban formadas por descendientes de Abraham, a quien Dios sacó de su patria en Caldea. Mediante la intervención de Dios, las tribus de Israel constituyeron un pueblo llamado a cumplir una misión distinta de la de otros pueblos. Su destino no fué el fomento de fines nacionales, económicos, militares y culturales, sino la anunciación y realización del Reino de Dios. En relación con ello, Dios concluyó una alianza con él. Dios mismo fué el señor de la alianza, determinando el modo de vida del pueblo que eligiera. El orden de la alianza fué un orden divino. El pueblo escogido no

se mostró siempre inclinado a cumplir las obligaciones que le impuso el señor de la alianza. Vivía rodeado de pueblos que poseían una elevada cultura, fundamentada por una religión mítica. Por medio de los Profetas, Dios amonestó al pueblo infiel, recordándole los deberes que le imponía la alianza. Para que se arrepintiese, Dios castigó a su pueblo con toda clase de penalidades y catástrofes. En nombre de Dios, los profetas anunciaron que las catástrofes nacionales eran castigos que Dios enviaba a su pueblo para que hiciese penitencia. Al mismo tiempo, los profetas tenían la misión de anunciar la misericordia y benevolencia divinas. Dios mantuvo y fomentó de este modo su señorío, el cual quedó definitivamente asegurado mediante la venida de Cristo. Esta actividad histórico-divina dentro de la Historia universal es lo que nosotros llamamos *Historia de la Salvación*. De esta actividad divina da testimonio el AT.

Vamos a transcribir, para que sirva de ejemplo, un texto especialmente claro. Se halla en el *Deuteronomio* 4, 9-40. En él Moisés resume las diferentes etapas de la intervención divina en la Historia y descubre un poco el telón que cubre el futuro:

“Consérvate, pues, a ti mismo, oh Israel, y guarda tu alma con mucha vigilancia. No te olvides de las grandes cosas que han visto tus ojos, ni se borren de tu corazón en todos los días de tu vida. Las has de contar a tus hijos y nietos. Comenzando de aquel día que te presentaste delante del Señor Dios tuyo en Horeb, cuando el Señor me habló diciendo: Junta al pueblo delante de Mí, para que oiga mis palabras y aprenda a temerme todo el tiempo que vivan en la tierra, y así lo enseñen a sus hijos. Entonces os acercasteis a la falda del monte, el cual arrojaba llamas que subían hasta el cielo, y estaba cercado de una oscura y tenebrosa nube. Y el Señor habló de en medio del fuego. Oísteis la voz de sus palabras, mas no visteis figura alguna. El os mostró su pacto y os mandó que lo guardarais, y los diez mandamientos que escribió en dos tablas de piedra. Y al mismo tiempo me mandó a mí que os enseñase las ceremonias y las leyes que debíais observar en la tierra que poseeréis. Guardad, pues, con todo cuidado vuestras almas. No visteis ninguna imagen el día que os habló el Señor desde en medio del fuego en Horeb. Para que no fuera que, engañados, formaseis alguna estatua esculpida o imagen de hombre o de mujer. O la figura de alguno de los animales que andan sobre la tierra o de aves que vuelan debajo del cielo. Y de reptiles que arrastran por el suelo o de peces que tienen su morada en las aguas debajo de la tierra. Ni suceda tampoco que, alzando los ojos al cielo, mirando el sol y la luna y todos los astros del cielo, cayendo en error, adores, oh Israel, y reverencies las criaturas que el Señor Dios tuyo creó para el servicio de todas las gentes que viven debajo del cielo. Pues a vosotros el Señor os escogió y os sacó de Egipto, como de una fragua en que se derrite el hierro, para tener un pueblo que sea su posesión hereditaria, conforme lo sois vosotros al presente. Mas el Señor se irritó contra mí a causa de la falta que me hicieron cometer vuestras murmuraciones,

y juró que no pasaría yo el Jordán ni entraría en la tierra que os ha de dar. Ved, pues, que voy a morir en este lugar en que estoy; yo no pasaré el Jordán; vosotros sí le pasaréis y poseeréis aquella excelente tierra. Guárdate, oh Israel, de olvidarte jamás del pacto que hizo contigo el Señor Dios tuyo; ni te formes imagen esculpida de las cosas que ha prohibido hacer el Señor. Pues el Señor Dios tuyo es un fuego devorador, un Dios celoso. Si después de haber tenido hijos y nietos y morado de asiento en aquella tierra engañados os fabricareis algún ídolo, cometiendo esta maldad a los ojos del Señor Dios vuestro, para provocarle a saña. Invoco desde hoy por testigos al cielo y a la tierra, que bien presto seréis exterminados de este país que debéis poseer al otro lado del Jordán; no habitaréis en él largo tiempo, sino que os destruirá el Señor. Y os esparcirá por todas las naciones y quedaréis reducidos a pocos entre las gentes adonde el Señor os ha de llevar. Y allí serviréis a dioses fabricados por mano de hombres, al leño y a la piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Cuando, empero, buscares allí al Señor Dios tuyo, oh Israel le hallarás, con tal que le busques de todo corazón y con alma contrita. Y después que te hayan alcanzado todas las cosas o males predichos en los últimos tiempos te convertirás al Señor Dios tuyo y oirás su voz. Porque el Señor Dios tuyo es un Dios lleno de misericordia: no te abandonará, ni te aniquilará totalmente, ni se olvidará del pacto que confirmó a tus padres con juramento. Infórmate de lo que ha pasado de un polo del cielo al otro, desde los tiempos más remotos que te han precedido, desde que Dios creó al hombre sobre la tierra, y veas si alguna vez ha sucedido una cosa como ésta o si jamás se ha dicho. Que un pueblo oyese la voz de Dios que le hablaba de en medio del fuego, como tú la oíste, sin haber perdido la vida. Si vino Dios de propósito para entresacar para sí un pueblo de en medio de las naciones, con pruebas, señales y portentos, peleando con mano fuerte y brazo extendido, y con todas las cosas que hizo por vosotros el Señor Dios vuestro en Egipto a vista de tus ojos. Para que supieras que el Señor es el verdadero Dios y que no hay otro Dios sino El. El te hizo oír su voz desde el alto cielo para enseñarte, y en la tierra te mostró su terrible fuego, y oíste sus palabras que salían de en medio del fuego. Por cuanto amó a tus padres y eligió para sí su descendencia después de ellos. Y te sacó de Egipto, yendo delante de ti con su gran poder. Para exterminar a tu entrada naciones popularísimas y más valientes que tú y para introducirte y darte la posesión de su tierra, como lo estás viendo al presente. Reconoce, pues, en este día, y quede grabado en tu corazón, que el Señor es el único Dios desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo de la tierra y que no hay otro sino El. Guarda sus preceptos y mandamientos que yo te intimo, para que seas feliz tú, y tus hijos después de ti, y permanezcas mucho tiempo sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo."

La Humanidad ha sido reconciliada con Dios en Cristo. El Hijo de Dios se ha unido tan íntimamente con la naturaleza humana que ésta sólo subsiste en el yo personal del Verbo. Esta es la más íntima unión que puede mediar entre Dios y el hombre, sin que sea destruída la naturaleza humana. Cristo ha roto, por decirlo así, el círculo de la Naturaleza dentro del cual el hombre se

esforzaba desesperadamente por crear un orden terreno. No solamente la Humanidad, el Cosmos entero ha sido reconciliado con Dios en Cristo. Ahora todos podemos unirnos con Cristo mediante la fe, participando de este modo en la filiación de Cristo. El que se une con Cristo mediante la fe se hace partícipe de la relación que media entre el Hijo y el Padre. El Cristo con quien quedamos unidos mediante la fe, como están unidos los miembros del cuerpo con la cabeza, es el Cristo glorioso, es decir, el Crucificado, el que ha resucitado y subido al cielo, el Señor cuya naturaleza está compenetrada por el Espíritu Santo, de modo que ha sido convertida en una transparentación de la gloria de Dios. En el Espíritu Santo, es decir, en la revelación del amor personal e íntimo de Dios que hay entre el Padre y el Hijo, en el amor en persona implantado en nuestros corazones por Cristo, quedamos convertidos en miembros de Cristo, en hijos del Padre, de modo que en el Espíritu Santo, mediante Cristo, podemos acercarnos al Padre (*Eph.* 2, 18).

Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, nos envía su Espíritu en la Iglesia. El Espíritu Santo es el alma y corazón de la Iglesia. En sus Sacramentos están presentes los bienes que nos comunica la fe de Cristo. Nuestro ser queda transformado mediante la unión con Cristo y con la realidad de Cristo (Muerte y Resurrección). Mediante la unión con Cristo recibimos un modo de ser semejante al de Cristo, se establece una comunidad entre Cristo y nosotros, nos convertimos en imagen de Cristo, en imagen del Cristo crucificado y del Cristo glorificado (véanse los *Tratados sobre la Gracia y sobre los Sacramentos*). Con toda claridad aparece esto en los Sacramentos, que comunican un sello e impronta indelebles. De algún modo, cada uno de los Sacramentos produce una semejanza especial con Cristo. La conversión en miembros de Jesucristo es la razón de que nuestro yo quede compenetrado del espíritu de Cristo, del Espíritu Santo, que sea iluminado y vivificado por la gloria de la vida trinitaria divina (=gracia "santificante").

El que ha quedado unido de este modo con Cristo recibe de Cristo todas las fuerzas que necesita *para llevar a cabo su misión ético-religiosa*, lo mismo que los sarmientos reciben incesantemente el jugo vital que fluye por la cepa.

5. Esto es el *estado de vida sobrenatural*. No es, pues, mera "posesión" de la gracia santificante; no es eso, ni en primer lugar ni exclusivamente. Comporta en primer lugar, una interna identi-

ficación con la vida y voluntad de Cristo, realizada mediante un proceso de asimilación. De ello se deriva la participación en la vida trinitaria divina y la transformación interna de nuestra existencia. Por consiguiente, el estado de vida sobrenatural implica tanto la posesión de una *nueva calidad ontológica* como la posesión de una nueva *relación* con respecto a Cristo y la Santísima Trinidad. Es una nueva relación personal y no una mera transformación objetiva. En el *Tratado sobre la Gracia* se estudiarán detenidamente estas cosas. (Allí se verá que estas constataciones están de acuerdo con la doctrina tridentina relativa a la causa formal de la justificación.) No hay que considerar a Cristo como un señor que ha dejado riquezas que han de ser administradas por los apoderados y herederos. (Conviene no sustituir la palabra bíblica “tesoro” por la palabra moderna “capital de gracias”. Con ésta se haría referencia a riquezas independientes de Cristo, dejadas a nuestra disposición, a modo de capital material capaz de producir réditos, dando motivo de este modo a ideas demasiado profanas y secularizadas. No se puede afirmar que la palabra “tesoro” puede también dar origen a malentendidos de parecida índole. Esta palabra está más cerca del reino de la naturaleza, del cual Cristo toma sus parábolas, ha sido aplicada por Cristo mismo para designar la gloria sobrenatural, totalmente distinta de todas las cosas naturales, y tiene en su calidad de imagen y símbolo una especial validez comunicada por Cristo. Cristo no le ha comunicado arbitrariamente ese valor, sino atendiendo a que de por sí se adaptaba para ser imagen de lo inefable). Cristo sigue siendo siempre el señor que reparte sus tesoros, aunque por medio de órganos (instrumentos) visibles en la Iglesia y que entra en relación viva con el que le capta mediante la fe. Con más precisión se podría explicar de la siguiente manera el estado de cosas: El Padre celestial fomenta su señorío y la Salvación en la tierra, mediante Cristo, en el Espíritu Santo, sirviéndole de instrumento visible la Iglesia, el pueblo de Dios.

Más falso sería aún pensar que lo sobrenatural es una especie de fuerza suplementaria, por medio de la cual el hombre puede realizar cosas que de otro modo superarían sus fuerzas, o mediante la cual puede llevar a cabo con facilidad cosas que de otra manera exigirían muchos esfuerzos. Como veremos más tarde, la gracia ayuda a realizar con más facilidad el bien. Pero si solamente se tiene en cuenta su fuerza curativa, se podría incurrir con facilidad en el error de pensar que es una mera fuerza que sólo

sirve para fortalecer cualidades de la Naturaleza, es decir, se tendría de ella un concepto naturalista.

A partir de una comprensión de la gracia de tipo medicinal, no se podría explicar por qué en muchos cristianos que reciben frecuentemente los Sacramentos no se puede observar resultado alguno, mientras que con frecuencia se encuentra noble y verdadera grandeza humana en personas que no creen en Cristo. Véase el texto de Santo Tomás citado arriba. Por consiguiente, la gracia actual no debe ser el centro de gravitación de las consideraciones del creyente. La existencia sobrenatural es, ante todo, una nueva relación con Cristo y mediante El con Dios trino, y es también una nueva calidad ontológica de ella derivada; sólo en segundo lugar es un auxilio y ayuda de la actividad humana, mejor dicho, de la actividad sobrenatural, que, como es "natural", se halla en camino hacia el perfeccionamiento que se adquirirá en el cielo.

Si lo sobrenatural no fuese más que lo que postulan las opiniones que venimos criticando, entonces los Sacramentos no podrían ser considerados como actualización de la Salvación que hemos recibido en Jesucristo, como lugar de nuestra incorporación a la vida de Cristo, como signos eficaces de nuestra semejanza con el Redentor, que se ha sacrificado por nosotros en la cruz y en la muerte, teniendo que decir de ellos que son meros medios de la gracia con que somos fortalecidos en nuestra debilidad. Entonces la Iglesia no podría ser considerada como cuerpo místico de Cristo, sino como mera institución, dentro de la cual los encargados de ello repartirían los tesoros que nos ha legado Cristo.

Jungmann (en *Die Frohbotschaft und unsere Glaubensverkündigung*, 1936, 90-92) describe de la siguiente manera el correspondiente estado de cosas: "Llegamos, pues, a la conclusión de que la doctrina de la gracia aislada de la doctrina de la fe y sólo considerada desde el punto de vista del rendimiento moral, corre peligro de ser mal comprendida, y que el estado de decadencia en que se halla la conciencia religiosa en amplios círculos populares no tiene nada de extraño en lo que se refiere a la deficiente comprensión de la riqueza sobrenatural de la Iglesia. Más aún, no se puede dudar, confirmando la experiencia, de que para hombres que han convertido el pensamiento lógico en verdadera pasión, la frecuencia con que los predicadores y ascetas hablan de la necesidad de la gracia tiene que ser un motivo de escándalo. Si se atiende sólo al estado de cosas y no a las palabras, se descubre meramente una meta natural, el ideal de una elevada moralidad. ¿Cómo va a ser necesaria entonces para todo progreso la gracia? ¿Se halla en una situación de tal degeneración la naturaleza humana? Y ¿no demuestra la experiencia que personas que hacen uso frecuente de "los medios de la gracia" son muy poco más perfectas que las otras? Del mismo modo se suele

pensar de la gracia santificante... Es lógico, entonces, que aun la misma "santa Iglesia", cuya "santidad" ni siquiera se comprende, no se eleva por encima de la esfera de lo natural. La Iglesia viene a convertirse en una especie de sociedad que subsiste junto a las demás sociedades. La época que conscientemente se separó de lo sobrenatural, es decir, los siglos de la Ilustración, es también una época de la "religión del Estado", del clericalismo político. Y toda clase de pensamiento político, cuando ha perdido el sentido de lo sobrenatural, a pesar de que puede querer ser católico, se sirve siempre de ese esquema. De este modo, todo contribuye a crear la imagen de un Cristianismo meramente lógico, secularizado y sin sustancia religiosa. El Redentor de los mundos queda convertido en una aparición de Dios entre los hombres, cuya misión es enseñar. La Iglesia queda convertida en una organización cuyo cometido es la propaganda de esa doctrina, y los Sacramentos vienen a ser una posibilidad de perdón de los pecados y una misteriosa ayuda sobrenatural de la vida moral del hombre." Véase J. Auer, *Über den Begriff der Gnade*, en *Zeitschrift für katholische Theologie* 70, 1948, 231-368. Explicaciones detalladas en el *Tratado sobre la Gracia*.